

AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO





CAPITULO III

TRAIDOR POR COBARDIA

I: LA REVOLUCION SOBRE TODO.—II: UN GOLPE SEGURO.—III: LA VISITA ESPERADA.
IV: UN RECURSO TRAGICO.

I

LA REVOLUCION SOBRE TODO

Pedro Recio dió de bruces sobre las piedras de la calle. El salto había sido mortal. Irguióse con rapidez extraordinaria e instintivamente, acuciado aún por las palabras de Carmen, por los golpes de los fusiles sobre la puerta del cuarto, emprendió frenética carrera. No pensó en que se había salvado de la muerte, sino en que había recobrado la libertad, en que de nuevo podía ofrecer su energía y su vida al triunfo de la revolución.

Sin embargo, no tardó mucho en reaccionar, llevando el pensamiento a Carmen, la que había quedado en manos de sus perseguidores.

Llegaba de nuevo a la Plaza Mayor. Allí se detuvo vacilante, indeciso. ¿Qué imperaba más en su espíritu? ¿Qué pasión dominaba y dirigía su voluntad?

Antes que pudiera responder la difícil pregunta, se vió detenido por tres compañeros.

Estos, que advirtieron su indecisión, despertáronle a la realidad del momento.

—¿Has conseguido escaparte?

—¡Sí!

—Las mujeres, cuando se lucha por un ideal, hay que olvidarlas.

—¿Qué quieres decir?

—Sabemos por qué te has ido del club. Eso se llama volver la cara al enemigo.

—¡Ten la lengua!

—Te necesitamos. Los momentos son críticos y de un instante a otro tendremos que lanzarnos a la calle. Has estado a punto de caer estúpidamente.

—No pude remediarlo. Una mentira me arrastró para entregarme a la policía.

—¿Y eres tan infeliz que la creíste?

—Quiero mucho a Carmen, tú lo sabes.

—¡Tonterías!

—La mentira podía ser una verdad muy fácilmente y...

—¡Antes es lo nuestro! Los hombres como tú no se pertenecen.

—¡A tus años se puede hablar así!

—Me falta la energía que a ti te sobra y por eso exijo. Las mujeres luego. Ahora, la libertad o la muerte antes de consentir que nos exploten un día más. ¡Vamos!

Pedro Recio, antes de iniciar la marcha, siguiendo a sus compañeros, de comité, vaciló nuevamente.

Andrés, el más joven de los revolucionarios, le arrastró por el brazo derecho.

—¿Qué haces?

—¡Quién sabe lo que habrá sucedido!

—¿A quién?

—¡A ella!

—¡Vamos, no seas panoli! Es a ti al que buscaban... A Carmen déjala que lllore... Severino tiene razón.

—¡Me ha llamado cobarde!

—¡De tanto como espera de ti! El te trajo con nosotros y...

—¡No importa!

—Además... no eres tú solo el que quiere a una mujer, ni Carmen la única a quien la República le ha de costar lágrimas.

Habían evitado pasar por lugares céntricos. Pedro caminaba cabizbajo; diríase que si materialmente avanzaba, su corazón y su cariño le hacían retroceder ideológica y espiritualmente hacia la calle de Toledo.

Severino, que más resuelto o más impaciente, caminaba delante de sus dos compañeros, giró el rostro apremiante en el gesto, severo en la actitud.

—¡Daos prisa! Puede ser que algún bandido de la "secreta" nos reconozca y hemos echado el día.

Recio alzó la frente al escuchar aquellas palabras. Acababan de penetrar en la plaza de la Cruz y súbitamente descubrió a la señora Rita, a la madrastra de Carmen, que animadamente conversaba junto a uno de los muros del ministerio con un sujeto tocado con hongo obscuro, y sedoso pañuelo blanco enlazado sobre el cuello de la camisa.

—¡Ah! Perra...—murmuró el albañil pretendiendo acercarse.

Andrés le sujetó resueltamente.

—Anda "p'alante".

—Esa es la que me ha vendido.

—Tiempo tendrás de retorcerle el cuello.

—Ahora mejor que nunca.

Forcejearon los dos compañeros y Recio hubiera cumplido sus propósitos si en aquel instante una plena algarabía de multitud excitada no le hubiese detenido aislándole del peligro inmediato.

Tratábase de una manifestación callejera y una verdadera nube de policías y guardia civil a caballo pretendían hacerla retroceder.

—¿Adónde van esos?—interrogó Recio.

—Al Congreso.

—Pero...

—¿Tú qué sabes?... ¡Ya te irás enterando!

Estaban muy cerca de la cabeza de la manifestación y a punto de ser arrollados por los caballos de la policía.

Esta, amenazando iniciar la carga trágica y terrible, gritaba:

—¡Atrás! ¡Atrás!

La multitud, enardecida, enarbolando una bandera roja, respondía:

—¡Abajo los traidores! ¡Viva la República!

Al fin produjo el choque.

El clarín siniestro hendió el aire anunciando los disparos, pero la masa prosiguió avanzando.

Dos minutos después, en plena colisión, Pedro Recio vióse, sin saber cómo, al frente de los manifestantes; las balas pasaban silbando sobre su cabeza y le deslumbraban los relámpagos de luz vivísima arrancados por el sol a los sables de la Guardia Civil.

—¡Adelante!—gritó nervioso, excitado, hiriéndole la sangre en las venas.

No supo quién puso en sus manos un grueso bastón que, a modo de guión, alzaba para dirigir a la muchedumbre que le había reconocido.

—¡Viva Pedro Recio!

En aquel instante el héroe de la revolución popular pudo derribar a un policía que pretendía sujetarle por la espalda. El polizonte desapareció bajo la multitud, que ya en la plaza de Antón Martín, proclamaba la República a pleno pulmón. Pedro Recio enarboló la bandera roja. Fué Severino quien la puso en sus manos.

—¡Bien, chava! Eso es luchar por la razón y por la dignidad de los hombres.

La manifestación, más numerosa a cada instante, sin fuerza capaz de tenerla, como avalancha terrible portadora del triunfo y de la muerte, descendió calle del León abajo.

Pedro derramó a su alrededor una mirada de inquietud. No encontró a quien buscaba y preguntó a Severino:

—¿Y Andrés?

—No sé. Lo hemos perdido.

—¡Lo habrán asesinado!

—¡A vengarlo! Lo mismo pudimos caer nosotros.

Era el once de Febrero de 1873, y en aquellos instantes, en el palacio del Congreso hallábanse reunidos la cámara popular y el Senado. Anadeo de Saboya acababa de renunciar a la corona de España.

II

UN GOLPE SEGURO

Silenciosa y con aspecto profundamente trágico y desolador, quedó la plaza de Antón Martín. Había pasado la muchedumbre y tras ella quedaron las víctimas de la represión gubernamental, los que habían caído bajo los sables y las balas de la policía. Algunos, inmóviles para siempre, con los dedos engarfiados sobre las piedras, ocultaban el rostro ensangrentado; otros, con la faz palidísima y los labios entreabiertos semejaban lanzar todavía la protesta enérgica o el grito entusiasta que había apagado la muerte.

La mayor parte de los caídos, heridos solamente o aturdidos por los golpes de sable, procuraban erguirse para escapar antes de caer en manos de

la policía. Entre estos últimos hallábase Andrés, que, separado de Recio durante la revuelta, dió de bruces sobre el pavimento y perdió el sentido.

Había comenzado a reaccionar y pretendía levantarse, cuando unos brazos enérgicos le alzaron poniéndole rudamente en pie.

Andrés, aun bastante aturdido, miró alternativamente a los que le sostenían. Sus pupilas eran todavía inexpresivas y de sus labios no salió ni una sola palabra.

Escuchó como los que le habían incorporado, dialogaban.

—¿No es este al que buscábamos?

¡El mismo! Menos mal que está vivo y al parecer ileso.

El obrero iba recobrando su voluntad y con ella las energías y pretendió librarse de los que le sujetaban.

Apretaron más sus brazos, mientras uno de los policías secretos, que tales eran los que le habían detenido, exclamaba:

—No tengas tanta prisa. Ya has gritado bastante. Ahora debes descansar. Verás como en el calabozo se te calman los nervios.

Andrés había escuchado horrorosos relatos acerca de los martirios que sufrían los presos políticos.

—Mejor hubiera sido—imaginó—que una bala me hubiese partido la cabeza.

Advirtió que le empujaban bárbaramente por la espalda y, pensando aprovechar el primer instante propicio para emprender la fuga, se dejó conducir.

Poco tardaron en llegar a la delegación. En las oficinas policíacas advertíase algo muy extraño. El cinismo de los esbirros, que recibían a los presos con miradas de indiferencia y les martirizaban burlándose de sus lamentos había desaparecido. Fruncido el ceño, trémulas las manos sabias en el manejo del látigo y las esposas, cuchicheaban entre sí, y desde las ventanas del edificio oteaban la calle, acaso esperando el momento de la vindicta popular.

Junto a la mesa ocupada por el delegado, conversaba Gonzalo de Togo-res, a quien Andrés no conocía.

Por esa circunstancia fué grande la sorpresa del obrero cuando el aristócrata, al descubrirlo dejó escapar una sonrisa y exclamó, dirigiéndose al delegado:

—En efecto. Este es el hijo...

Al cerebro del compañero de comité de Pedro Recio, saltó una idea que hubo de abandonar por parecerle descabellada. Tal idea le había estremecido profundamente, pero se tranquilizó al imaginar para rechazarla:

—¿Qué ha de tener que ver la vieja en este asunto?

Más tranquilo esperó entre los dos agentes.

El delegado, dirigiéndose al aristócrata, exclamó:

—¿Puesto que suyo es el asunto, quiere usted interrogarle?

—Mejor será que antes lo lleven al calabozo.

—No tenga miedo. Al primer movimiento lo derriban de un puñetazo.

—No es que le tema, pero conviene que hablemos sin testigos.

—¡Bien! Como quiera...

—También será conveniente que lo aseguren bien, porque está demasiado nervioso...

—Hay dos argollas fuertes que no podrá romper.

Andrés seguía el diálogo más sorprendido a cada instante.

¿Qué pretendían? ¿Quién era el que parecía interesado en detenerle?

El delegado ordenó breve y malhumorado a los agentes:

—Decidle a Pascual que lo encierre en el calabozo contiguo al que ocupa su madre.

—¿Qué?—exclamó Andrés retrocediendo.

—¿Mi madre? ¿Pero es que ha detenido a mi pobre vieja?...

Antes que pudieran evitarlo se acercó el preso a Gonzalo y sujetándole por las solapas de la levita lo sacudió violentamente.

—Y has sido tú: ¿Quién eres? ¿Qué pretendes, canalla? ¿Qué daño pudo hacerte esa mujer?

El duquesito de Albaida no respondió. Estaba palidísimo y forzosamente dejó escapar una desdenosa sonrisa, a tiempo que los agentes sujetaban al obrero inmovilizándolo y derribándolo después a los pies del aristócrata.

Gonzalo se arregló el lazo de la corbata, recogió el sombrero que le ofrecía servil un empleado de la delegación y exclamó después:

—Ya ve usted, señor delegado cómo eran fundados mis temores. Esta gente no saben entenderse con nadie si la agresión no va por delante.

Mientras el peripuesto joven pronunciaba estas palabras, Andrés, sofocado sus gritos de protesta por las manos de los policías que le abofeteaban al querer taponarle la boca, arrastrado fué al calabozo. Al llegar, de sus labios escapóse un grito de angustia:

—¡Madre!

Un lamento casi perdido, poco menos que imperceptible, respondió a tan angustiosa llamada.

Un segundo después Andrés penetraba en el calabozo y era sujeto a las férreas argollas que aparecían empotradas en el muro.

III

LA VISITA ESPERADA

—¿Por qué?

La pregunta sin respuesta posible le martilleaba el cerebro.

Diez minutos solamente estaba amarrado y hundido en las sombras casi impenetrables del calabozo y Andrés imaginaba que había pasado un siglo. La rabia y el dolor atenazaban su corazón y su espíritu.

Gritó, pero sus gritos se ahogaban en el silencio. Al pretender librarse de sus ligaduras, las cuerdas presionaban su carne. Las venas amenazaban estallar. Comenzaba a rendirse, a comprender que toda su rabia resultaba inútil e impotente en aquellas circunstancias, cuando rechinó la cerradura del calabozo y precedido por un agente portador de un pequeño farol de aceite, apareció el aristócrata que ya en el umbral y antes de avanzar un solo paso, preguntó al que le acompañaba:

—¿No podrá soltarse?

—No, señor. Pase usted sin cuidado.

—Bien. Deja la luz y márchate.

El agente obedeció y Gonzalo y Andrés quedaron solos y frente a frente. El compañero de Pedro Recio consideró dentro de su desgracia una verdadera fortuna aquella inesperada visita. El enigma iba a revelarse.

Gonzalo de Togores tomó el farol y, lentamente, acercóse al detenido. Comprobó las seguridades que el agente había expresado, advirtió que las

muñecas del obrero estaban obscuramente rojas, casi moradas por la presión de las cuerdas, que resistían a todos los esfuerzos. Luego aproximó la luz amarilla al rostro congestionado del preso y retrocedió instintivamente, al advertir el gesto de ansiedad profunda, de rabia impotente que fruncía los labios en una mueca y la extraña luz de odio que iluminaba las pupilas.

Nada había de temer, sin embargo; las argollas eran fuertes y el detenido estaba bien sujeto.

Con desesperante lentitud dejó Gonzalo el farol sobre el pavimento y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón juzgó que había llegado el momento de exponer el objeto de su visita.

IV

EL RECURSO TRAGICO

—Quiero ser amigo tuyo, protegerte—comenzó diciendo.

—¿Tú?—replicó el preso.

—Yo. Todavía no sabes quién soy.

—Conozco tus hechos y me sobra para saber que eres un canalla.

—No he procurado que te traigan aquí para que juzgues mis actos, sino para que me sirvas a cambio de mi protección, del favor que puedo hacerte con mi nombre y con mi fortuna. Soy Gonzalo de Togores, futuro duque de Albaida.

—¡Ah! Entonces... ¿se trata de un soborno?

Andrés, que no podía adivinar, empezaba, sin embargo, a comprender. No obstante, ignoraba todavía el verdadero motivo, o que de él se pretendía y se esperaba. El recuerdo de su madre presa y amarrada, quizá en el calabozo próximo, hizo que la rabia encendiera de nuevo su corazón y su pensamiento.

—Ante todo—expresó—. ¿Por qué han detenido a mi madre?

—Para vencer las rebeldías del hijo si fuera tan torpe que desdenara mi protección y mi consejo.

—Es decir, que...

—La vida de tu madre antes que la tuya responde de tus palabras.

—¡Esto es una infamia!

—Ahorra palabras inútiles y vamos a entendernos. Aquí dentro casi no se puede respirar.

Andrés no despegó los labios, pero, ansiosamente, clavó sus pupilas en el rostro del aristócrata.

Este preguntó lentamente:

—¿Eres amigo de Pedro Recio, verdad?

—Amigo y compañero de toda la vida.

—Tienes la lengua muy ligera. Lo suficiente para bailar en la horca por esa confesión.

—He dicho la verdad.

—Ya lo sé. Tú no ignoras que Pedro Recio se ha escapado de la cárcel y está perseguido.

Andrés dejó escapar una sonrisa de triunfo.

—Perseguido? Pedro Recio es el héroe de la revolución y no hay fuerza que pueda dominarlo. A estas horas —¡maldita sea mi suerte!— la Re-

pública será un hecho y seréis vosotros los que han de verse arrastrados por las calles de Madrid para nuestra venganza.

Gonzalo escuchó sin inmutarse y cuando Andrés hubo terminado replicó: — ¡Bien! Acaso tengas razón, pero mientras llega todo eso con lo que tú ganarás poco si es que puedes escaparte del patíbulo, yo vengo a favorecerte algo más práctico y sobre todo, más próximo.

— ¡Déjame! ¡No soy un traidor!

— ¿Desdeñas la vida de tu madre?

— ¿Qué?

— Naturalmente. Con República y sin ella tú serás siempre un obrero y yo...

— Pero...

— ¡Vamos a entendernos! Necesito la vida de Pedro Recio y quiero que tú me ayudes a quitársela.

— ¡Canalla!

— ¡Dí! ¡Si aceptas. A cambio de eso tendrás la libertad de tu madre, dinero en abundancia y el porvenir asegurado de un modo más cómodo que subido a un andamio.

— No me conoces!

— Te ofrezco lo que puedo darte.

— Eso no lo aceptaré nunca.

— Entonces dentro de una hora pagarás la rebeldía confesando por el dolor tus crímenes revolucionarios.

— Yo no he cometido ningún crimen.

— ¡Bah! ¡No faltará quien lo invente!

— Resistiré.

— ¡No hay hombre que pueda resistir ciertas cosas!... Para informarte de lo que te preparan además de otros "argumentos" más enérgicos, la ración de pan que te corresponda, sin otra clase de alimento, será dividida en veinticuatro partes iguales

Cada hora te será entregada una que habrás de ingerir. Si la rechazas se la llevarán... Y así sucederá cada sesenta minutos.

— ¿Me condenáis a la locura?

— Todavía estás a tiempo de evitarla.

— ¡Antes que ser traidor, prefiero la muerte!

— ¿Es esa tu última palabra?

— La única. ¡No tengo otra!

Gonzalo guardó una breve pausa y exclamó después:

— Quizá dentro de unos minutos pienses de otra manera.

— No lo esperes.

— Por si acaso, te advierto que van a empezar el sistema para que tanto tu madre como tú, confeséis la verdad de ciertas acusaciones.

— ¡Mi madre es inocente, inocente de todo!

— Si tú puedes salvarla y te niegas a realizarlo, ¿qué culpa tengo yo?

— ¿Salvarla?

— ¡Naturalmente! ¿No acabo de proponerte la fórmula?

— Lo que tú acabas de proponerme, miserable, es un triación.

— No me preocupa la calificación ni es el momento de discutir la palabra precisa. Es necesario que resuelvas. Si tu resolución es contraria a mis deseos, sobre todos tus escrúpulos ridículos, y además impropios de tu clase, está mi poder para obligarte.

—¡Tu poder! ¡Maldito poder!

—¿Pero tú crees... ¡asesino!, que un obrero no tiene corazón ni conciencia?

—¡Bah!—replicó Gonzalo tras una breve carcajada—. Si lo creyera así no te obligaría.

—Entonces es la crueldad, la infamia, la que impulsa tu deseo.

—Es el castigo a la osadía de quien habiendo nacido esclavo como tú y como ese granuja de Pedro Recio pretenden dominar a sus verdaderos amos, a los que nacieron para mandar por derecho divino.

—¡Sacrílego además de canalla! En vosotros no hay más divinidad que vuestra ambición, ni más ley que vuestro capricho, ni más derecho que vuestro egoísmo.

—¡Muy bien! Es un lenguaje magnífico el tuyo para la plaza, para enardecer a esas furias greñudas de pie desnudo y brazos arremangados que piden la libertad. ¡Bah! ¡La libertad!... El libertinaje. La vida en plena anarquía, el robo y el asalto, el afán de ser amo. ¡Miserables!... ¡Vagos! Apestáis con vuestros harapos, sois groseros con vuestras palabras de burdel y de taberna. Os barrerán los fusiles, bailaréis en la horea y volveréis a ser esclavos para cumplir la razón de vuestro nacimiento. Ahora, eleige. Ya hemos hablado bastante y no estoy para perder el tiempo.

Andrés con los ojos inyectados de sangre, realizaba esfuerzos inútiles para romper sus ligaduras. Sordamente pronunció por fin:

—¡Cobarde! Me has amarrado antes de insultarme. ¡Así sois poderosos! ¡Así mandáis! Aplastando los labios que pueden acusaros, bebiendo la sangre del obrero que paga vuestros lujos... pero ya lo pagaréis. Llegará la justicia.

—¡Basta! ¿Accedes o no?

—¡Nunca! Antes la muerte, antes todos los suplicios.

Gonzalo de Togores dirigióse a la puerta del calabozo y ordenó imperativamente.

—¡Pasar!

Presentáronse los dos verdugos encargados del martirio.

El duquesito ordenó:

—Es preciso que le soltéis la lengua a la madre y al hijo. ¡Antes empezad por la mujer! Con la vieja tendréis poco trabajo.

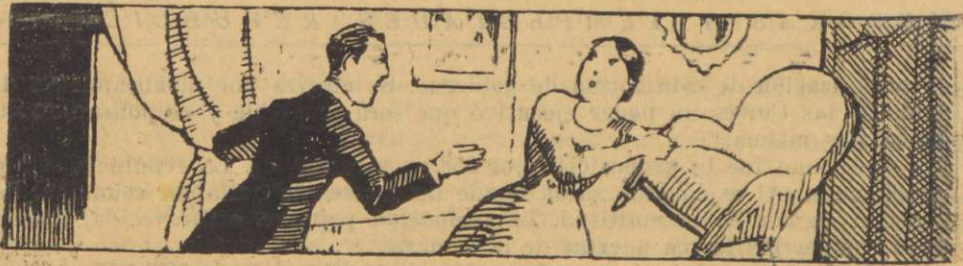
Salió el aristócrata del calabozo, seguido de los esbirros.

Andrés quedó solo. Dos minutos más tarde, unos lamentos de mujer que resonaban tras el muro, rompieron el silencio.

El preso, desesperado, sin fuerzas para resistir el dolor horrible, gritó:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Misericordia!

Gonzalo apareció sonriendo en la puerta del calabozo.



CAPITULO IV

¡ V I V A L A R E P U B L I C A !

I: TEMPESTAD HUMANA.—II: EL SECUESTRO.—III: SEDUCTOR FRACASADO.
IV: LA TELA DE ARANA.

I

TEMPESTAD HUMANA

La manifestación dirigida por Pedro Recio había llegado a las puertas del Congreso. El pueblo ocupaba plenamente la plaza de las Cortes. Los gritos de rebelión llenaban el aire. La duda atenazaba el espíritu popular y alguien hablaba de asaltar el edificio.

—¡Van a engañarnos!—gritaban—. ¡Abajo los traidores! Queremos la República.

Crecía la tempestad terrible. El mar humano encrespábase, ascendiendo por la pétreo y breve escalinata.

Pedro Recio gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Si lo arrollamos todo, nada podremos conseguir. Si nos engañan sabremos vengarnos.

—¡Arriba! ¡Vamos arriba! El pueblo es el que manda.

Recio fué empujado fatalmente por la poderosa ola humana y había llegado ya a las puertas de la cámara, cuando en el umbral apareció la figura de Estanislao Figueras. Alzados llevab los brzos. La emoción le había empalidecido el rostro.

—¡Ciudadanos!—gritó—. Tendréis la República. ¡Os prometemos no salir de aquí sino con la República o con la muerte!

Un solo grito formado por millares de exclamaciones de entusiasmo subió al espacio.

Figueras había desaparecido y Pedro Recio intentó que la multitud retrocediera. No pudo conseguirlo.

—¡Queremos la República y estaremos aquí hasta conseguirla!

En aquellos instantes, en el hemicycleo del Congreso, pleno de una extraordinaria expectación, alzábbase Pi y Margall, presentando a la cámara la siguiente proposición:

“La Asamblea Nacional reúne todos los poderes y declara como forma de gobierno de la nación, la república, dejando a las Cortes Constituyentes,

la organización de esta forma de gobierno. Se elegirá por nombramiento directo de las Cortes un poder ejecutivo que será amovible y responsable ante las cortes mismas”.

Aprobada fué la proposición por 258 voos contra 32. La república estaba proclamada. Al espléndido salón donde las Cortes se hallaban reunidas, llegaba el clamor de la multitud. La tempestad popular, embravecida, amenazaba romper las férreas puertas de la cámara.

Alguien comunicó el acuerdo y las dudas trocáronse en delirante regocijo.

Pedro Recio, emocionado, creyó que había llegado el momento de hacer que la multitud retrocediera. Erguido sobre la pétreo escalinata, paseó su mirada de triunfador sobre el mar humano que a sus pies encrepábase dominador irreductible.

Pedro creyóse en aquellos instantes el único triunfador, que la república era él mismo, su propio espíritu y cuando la reflexión desmentía su pensamiento, la emoción replicaba:

—Eres tú, tú que lo has entregado todo por ella. Tú que has expuesto el pecho a las balas y has sentido tus muñecas sujetas por las esposas del presidio. La república eres tú, es el pueblo, es tu propia alma y si así no fuera, la República no sería tal cosa. La hiciste nacer de tu sacrificio y de tu sangre y con tu sangre, si es preciso, habrás de defenderla.

Y al llegar a este punto culminante de su reflexión, en los labios de Pedro Recio aparecía una sonrisa y más que hombre sentíase Dios sobre aquel pueblo que proclamaba su entusiasmo y su libertad.

Y como si aquellos pensamientos del obrero hubieran traspasado las cerradas puertas de la cámara, en aquel mismo instante Castelar, erguido en su escaño, magnífico de fe republicana, pronunciaba:

—Con Fernando VII murió la monarquía tradicional, con la fuga de Isabel II murió la monarquía parlamentaria y con la renuncia de don Amadeo ha muerto la monarquía democrática, pero estas monarquías han muerto por sí mismas. Nadie trae la República. La traen todas las circunstancias, la trae la fuerza armada de la sociedad, de la naturaleza y de la historia. Señores, saludémosla como un sol que se levanta por sus propias fuerzas en el suelo de nuestra patria. *(Histórico.)*

El entusiasmo desbordóse por las vías madrileñas. Pedro Recio, enarbolando la bandera tricolor, subió triunfador y señero carrera de San Jerónimo arriba. El regocijo saltaba a sus ojos, hacía temblar sus labios ante la felicidad presentida.

—Hemos conquistado la libertad—pensaba—y con ella Carmen vendrá a mis brazos, sin persecuciones que puedan alejarme de su lado, sin miserias que conviertan en dolor nuestra alegría!

Alzó el rostro para mirar al espacio acaso imaginando que su dicha era demasiado grande para caber en la tierra.

Y entonces, al realizar aquel movimiento, sus pupilas chocaron con las altas ventanas de un edificio. Allí, recatado, casi oculto tras unas rojas cortinas, advirtió la figura de un clérigo que presenciaba el grandioso espectáculo; el rostro del cura estaba contraído por una risa sarcástica, las pupilas grises, advirtió Pedro Recio que se clavaban en su figura. No conocía al sacerdote. Le odiaba sin conocerlo de un modo genérico. Nada más que por la sotana tantas veces combatida en sus peroraciones.

En aquel instante sentía algo más. Era odio profundo a la persona, odio

rabioso al rostro pálido del clérigo, que sonreía cínico en las alturas del palacio. ¿Por qué?

—No sé—respondió Recio—, pero si pudiera, habría de deshacerlo entre las manos.

La muchedumbre empujó calle arriba a nuestro héroe. Ya no podía descubrir al clérigo. Mientras los gritos de triunfo le ensordecían, la visión negra y cínica del cura, le aprisionaba el corazón, como retorciéndolo.

Aque Isacerdote era el padre Amador.

II

EL SECUESTRO

Mientras sucedían los hechos que acabamos de relatar, ¿qué había sido de Carmen? ¿Qué senda había elegido para ella la fatalidad o la fortuna? Pronto hemos de verlo.

Heroica, alentada por el amor que profesaba a Pedro Recio, consiguiendo de tal amor las energías precisas para impedir con su cuerpo, con la fuerza milagrosa de sus manos, que la puerta del cuarto fuera derribada antes de que Recio pudiera escapar, anhelando espantada, que el fugitivo consiguiera la libertad comprometida, llegó el instante en que Pedro desapareció a sus ojos. Entonces, agotadas sus energías, rota la nerviosa tensión que sirvió a su propósito, Carmen cayó desplomada junto al umbral, a tiempo que el delegado, seguido por la pareja de Guardia Civil, penetraba en el cuarto.

La valerosa muchacha, que había encendido, inconsciente, los deseos libidinosos del duquesito de Albaida, semitendida sobre el pavimento, retrocedió, y venciendo la fatiga con un esfuerzo de voluntad, logró incorporarse a tiempo que el delegado sujetábala por uno de los brazos:

—¡Has conseguido lo que deseabas! Otra vez se ha escapado ese granuja de nuestras manos.

—¡Granuja!—replicó Carmen, cerrando sus puños y queriendo desprenderse de la mano que la sujetaba—. Granujas sois vosotros. Canallas sois vosotros, que perseguís al explotado, al esclavo, como si no fuera bastante robarle la felicidad y el sustento, queréis perseguirlo también, ahogar la protesta del pueblo con el calabozo o con la muerte.

Mientras la pareja de guardias examinaba la ventana por donde Pedro había logrado fugarse, el delegado, dejando escapar una cínica sonrisa, exclamó:

—¡Sabes que no lo haces mal! Te has aprendido bien la lección, pero no sabes tú lo caras que se pagan esas cosas.

—Suélteme usted.

—¡Soltarte!... No, mujer... Dicen que detrás de la sogá va el caldero. Vendrás con nosotros y ya verás cómo tu novio, cuando se harte de gritar, irá a buscarte.

—Pero...

—Has protegido su fuga. Razón de más para amarrarte y es lástima, porque tienes una piel muy suave.

Y al pretender el delegado acariciarla, Carmen, con toda la fuerza de su indignación y de su rabia, dejó caer su mano sobre la mejilla derecha

del esbirro. La bofetada resonó justiciera y el polizonte, furioso, retorció la muñeca de la mujer, hasta obligara a caer tras un desgarrador lamento.

Luego dirigióse a los guardias, ordenando:

—¡A ver! ¡Amarrad a ésta! Ya me encargaré yo de quitarle esos humos. Obedeciendo la despótica orden, los guardias sujetaron a Carmen. Alzáronla violentamente, clavando sus manazas sobre la carne de nácar y seda y a punto estaban de esposarla, cuando un nuevo personaje apareció en el lugar de tan repugnante escena.

Era una mujer la recién llegada, mujer a quien ya hemos tenido el disgusto de conocer.

Conciliadora, acercóse, sonriendo hipócritamente, al delegado:

—¡Vamos! ¡No la trate así! No ve que puede lastimarla.

—Es una verdadera fiera, señora. Mire usted.

Y el policía enseñaba la roja mejilla con la huella justiciera de los femeninos dedos.

Entre tanto, Carmen había reconocido a la que dialogaba con el funcionario:

—¡Doña Micaela!—exclamó sorprendida, acasa más aterrada por aquella inesperada aparición.

—¡Tranquilízate, hija mía! ¡Tranquilízate! Estos señores no quieren hacerse daño.

—¿Y la señora Rita?

—Ahora vendrá. Me la dejé en la iglesia.

—Entre mi madrastra y usted han vendido a Pedro. Le han hecho venir aquí para que lo prendieran.

—¡Quita, mujer! ¡No digas locuras! Pero si es todo lo contrario...

Y dirigiéndose al delegado, añadió doña Micaela:

—Vamos, señor, diga usted a los guardias que la suelten.

Cuando Carmen recobró su libertad, sospechando todavía de aquella protección, exclamó resuelta:

—Si es verdad que ha venido usted a protegerme, salgan de aquí, déjenme tranquila.

—¡Ay! ¡Cuánto lo siento, hija mía!... Pero tienes que acompañarme.

—¿Acompañarla? ¿Adónde?

—A donde te esperan con los brazos abiertos. Hazme caso y ya verás como me preocupo por ti.

—¡Mentira! Querían prender a Pedro para secuestrarme.

—¡No digas tonterías! ¿Qué más podías tú desear sino lo que te espera? Si tú supieras lo amable, lo gentil, lo poderoso y lo agradecido también que será para ti don Gonzalo...

—¡Ah! ¡No! ¡No!... Antes tendrán que arrastrarme... ¡No!

Y Carmen, aterrada, comprendiendo que toda su resistencia sería inútil, retrocedió hasta pegar su cuerpo a la encalada pared del cuarto.

Las pupilas grises de doña Micaela brillaban diabólicas en los ojos enrojecidos y diminutos.

—No puedes escaparte y la resistencia no deja de ser una tontería.

—¡Infame!

—Quien manda, manda. No estamos para perder el tiempo.

Uno de los guardias, repugnándole acaso la misión que habían de cumplir, se acercó al delegado:

—¿Qué hacemos?

—Cumplir mis órdenes y ahorrar preguntas inútiles. Sujeten a esa muchacha y acabemos.

Carmen quiso defenderse. Su cuerpo bellissimo retorciase impotente en el piso del cuarto. Sus brazos querían desprenderse inútilmente de las manos que los sujetaban. Habíanle destrozado la sencilla bata de percal y el milagro de su cabellera ocultaba los hombros desnudos y amoratados por los golpes.

Tras unos minutos de lucha, tuvo que rendirse. Quedó desplomada, con los brazos en cruz.

Habíase partido uno de los labios y los rubíes de la sangre manchaban la palidez del rostro martirizado.

Carmen quedó inmóvil. Habíase desvanecido y doña Micaela se apresuró a exclamar, dirigiéndose al delegado:

—Ya sabe usted las órdenes. Hagan el favor de conducirla al coche y que me acompañe un agente por si acaso despierta antes de tiempo.

Tres minutos más tarde un carruaje con las ventanas cerradas y tirado por dos fogosos caballos, alejábase de la calle de Toledo. Poco después, el vehículo deteníase junto al portal estrecho de cierto edificio situado en la calle del Clavel.

III

SEDUCTOR FRACASADO

Cuando dos horas más tarde Carmen abrió los ojos, la sorpresa que recibió la hizo encoger medrosamente su cuerpo, retrocediendo de un modo instintivo ante lo que sus pupilas descubrían.

Estaba sola. Lujoso mobiliario la rodeaba. Reposaba en mullido lecho y en el reducido espacio, convertido para ella en calabozo, reinaba un absoluto silencio.

La enamorada de Pedro Recio, a medias incorporada sobre el sedeneo edredón, iba despertando a la realidad del momento, reconstruyendo en el recuerdo el instante en que fué secuestrada.

—¡Pobre de mí!—murmuró angustiada—. ¡No pude imaginarlo! No suponía que la persecución de Pedro amenazara mi honra además... ¿Y qué habrá sido de él, Dios mío? Quizá la casa estaría cercada. ¡Le sorprenderían al salir! ¡El infame! Se ha equivocado. Tendrá que matarme. ¡No! ¡Dios me protegerá!

Tan amargas reflexiones fueron interrumpidas por un leve ruido que se produjo en la cerradura de la puerta.

Carmen, que había saltado de la cama, retrocedió a un ángulo de la lujosa habitación.

Un momento después Gonzalo de Togores y Zavala aparecía en el umbral.

La muchacha no pudo reprimir un grito de angustia que Gonzalo recibió con leve sonrisa, mientras cerraba la puerta y avanzaba hacia su víctima.

—Calma, querida enfermera—pronunció, adelantando los brazos—. No te amenaza el más pequeño peligro.

—¡No se acerque! No pretenda ni siquiera tocarme porque sería capaz de...

—¡Vamos! ¡Vamos! Todavía te dura el nerviosismo, el susto.

—¡No me toque!
 —¡Bah!... Lo comprendo, mujer, pero ya pasó. Reconozco que se realizó con alguna violencia, pero, ¿qué hacer? De otra manera no hubiese podido lograrlo.

—¡Basta! ¿Qué pretende usted de mí? ¿Qué quiere?
 —¿Qué he de querer de ti, sino que seas mía? ¿En qué mejor cosa puedo emplear mi fortuna? Has nacido demasiado hermosa para ser pobre. Las manos de un obrero mancharían tu piel de seda, mancillarían tu cuerpo condenándolo a la esclavitud de la miseria y del trabajo.

—¡No tiene usted derecho para ofenderme!
 —¿Qué importa, si tengo fuerza para poseerte?
 —¡Infame! ¡Cobarde! ¡Para eso perseguían a Pedro!...
 —Tu novio es un revolucionario y seguramente a estas horas habrá pagado ya su rebeldía.

—¡Asesino!
 —Ven. Escúchame. Olvida a ese pobrete, que no podía darte nada de lo que tú mereces. ¡Mira!

Y Gonzalo pretendió tomar entre sus manos el rostro de Carmen, acercar sus labios, trémulos por el deseo, a los de la muchacha fríos por la emoción del comprometido instante.

Carmen le rechazó con insospechada energía. El duquesito vaciló y estuvo a punto de caer, pero se rehizo y enardecido, más feliz acaso por la victoria que representaría la deseada posesión, cayó sobre Carmen, sujetándola, sofocándola con el peso de su cuerpo, queriendo arrastrarla, separarla de la pared cubierta por el rojo damasco.

La enamorada de Pedro procuraba defenderse, pero Gonzalo la dominaba más a cada instante.

Al fin hubiera sido vencida si, providencialmente, sobre la cerrada puerta del cuarto no hubieran resonado unos golpes.

El huero alzóse sorprendido y Carmen aprovechó el momento para recobrar su libertad. Rápida, alzó entre sus manos una pequeña butaca para descargarla sobre la cabeza de Gonzalo, pero éste había desaparecido.

El silencio reinó de nuevo en la estancia y Carmen corrió a la puerta, golpeándola inútilmente.

Por fin cayó rendida, desplomada. Un llanto amargo y silencioso fluyó de sus ojos magníficos.

* * *

—¡Acaba de proclamarse la República, señorito!
 —¡Animal!... ¿Y para eso me has llamado?
 —No, señor, quería decirle algo más.

El que hablaba, tipo sacristanesco que jamás había levantado los ojos para mirar a la persona a quien se dirigía, llamábase Tomás y junto al clérigo que ya conocemos cumplía oficios de cómplice, espía y ayuda de cámara, todo en una pieza.

Con las manos cruzadas sobre el pecho e inclinada la frente, pronunció:

—El padre Amador me manda para decirle que no ha sido posible detener a ese Recio que usted sabe.

—¿Y qué?
 —Sin embargo... Añade que ha creído conveniente encerrar a cierto compañero de ese revolucionario, llamado Andrés.

—Pero...

—Dice el padre Amador que el detenido servirá a usted para mucho y que también por si hacía falta, ha mandado encarcelar a la madre de Andrés, una vieja a la que todavía no se le ha pasado el susto.

¡Ah!

—Aún no he terminado. Dice el padre Amador que si fuera usted a la delegación se adelantaría mucho y que por si le hacen falta tiene dos hombres dispuestos para lo que sea preciso.

Bastaron aquellas palabras para que Gonzalo comprendiera todo el plan fraguado jesuiticamente por el padre Amador.

Aplazó la realización de sus propósitos respecto a Carmen y unos minutos más tarde, acompañado por Tomás, dirigióse a la delegación.

Ya hemos visto del modo que allí hubo de conducirse y como el jesuitico plan empezó a cumplirse.

IV

LA TELA DE ARANA

¡Qué largas, y mejor dicho eternas, fueron para Pedro Recio las horas que, obligado por las circunstancias, hubo de permanecer en el club, donde sus compañeros de triunfo le habían retenido.

Severino no le perdía de vista y cuando lograron separarse de la manifestación que proclamaba el triunfo de la República por todas las vías madrileñas, fué necesario permanecer en el "centro" de la calle del Olmo, donde comenzaban a llegar los detalles de la jornada victoriosa.

Bajo la bandera tricolor, que ocupaba extendida uno de los muros de la espléndida sala, Pedro Recio supo, impaciente, dominado por la incertidumbre, la proposición presentada a las Cortes por Pi y Margall, proposición que había determinado el triunfo de la revolución.

Apenas había sido proclamada y ya comenzaba a surgir la protesta.

Severino, apoyados los codos sobre una mesa y en las manos abiertas la frente que se partía en hondo surco de preocupación, murmuró sordamente:

—La hemos conseguido y "pa" mí que nos han "tomao" la cabellera.

—¿Qué dices?—interrogó Pedro Recio en tono que parecía de reproche.

—¡Natural! Ya sabes el gobierno. Monárquicos disfrazados de republicanos.

—Todos no.

—No serán todos pero hay más de uno, y si no mira lo que dice "La España Constitucional"... ¿Tú crees que podrán hacer algo bueno Serrano y Topeté junto a Rivero y Becerra?

—¡Hombre!

—¡Traicionarnos y traicionarnos a todos!... ¡Maldia sea!

Pedro Recio espía el momento propicio para escapar del club.

Aprovechó por fin unos instantes de confusión y, rápido, descendió por la estrecha escalera y salió a la calle.

No vaciló ni un sólo instante. Corrió hacia la calle de Toledo. Ya no temía que le prendieran. Algunos grupos, al reconocerle, le ovacionaron. Aprovechó el paso para evitar que pudieran detenerlo. Pronto estaría en los brazos de Carmen, pronto llegaría a tranquilizarla, y ofrecerle el triunfo tan angustiosamente conseguido.

Llegó por fin. Como una tromba penetró en el cuarto mísero y reducido.

—¡Carmen! ¡Carmen!

La dolorosa sorpresa le dejó petrificado en el centro de la estancia. Carmen no estaba allí. Todavía podía observarse el desorden de los pocos muebles que ocupaban la habitación.

Un momento después descubría a la señora Rita.

La mujer, ahogada por aquella inesperada visita, sorprendida como ladrón en el instante de cometer el delito, hallábase casi agazapada junto a la ventana que antes había servido a Pedro Recio para fugarse.

Acasó fué el rostro de la vieja contraído por una mueca de espanto, quién sabe si otra ignorada o misteriosa razón subjetiva, pero es lo cierto que Pedro Recio, advinó, supo cuanto en aquella casa había sucedido.

Rápido, amenazador, se acercó a Rita y sacudiéndola por uno de los brazos, exclamó:

—¿Y Carmen? ¿Dónde está Carmen? ¿Que ha hecho de ella?

—¿Yo?

—¡Usted, sí!... ¡Pronto!... Diga la verdad, porque le juro que seré capaz de aplastarla.

—¡Bruto! Yo qué sé. Búscala tú si tanto te interesa.

—¡Víbora! Responde. Me has traicionado para robármela, para venderla quién sabe a quién ni cómo, pero has de pagar con la vida.

Pedro Recio apretaba el cuello de la mujerota y acaso hubiese cumplido sus amenazas si un brazo insospechado no le hubiera detenido en el intento.

Recio giró el rostro y experimentando una profunda sorpresa, exclamó:

—¡Andrés!

—Déjala. No te manches las manos.

—Me han robado a Carmen.

—Ven conmigo. Yo te llevaré donde podrás rescatarla.

Pedro Recio, asombrado, aturdido, siguió a su compañero.

La traición enredaba a nuestro héroe en su tela de araña.



¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 centimos cuaderno.
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TONI (Aventuras de un joven español en el país de las pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 centimos cuaderno.
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FRÉD (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE RINT-TINTIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DECKER DOW, EL TERROR DE LAS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA